

MARGARITA

REINA DE NAVARRA

La reina de Navarra, hermana de Francisco I, ha dado mucha ocupación á los literatos y eruditos desde algunos años acá. Se han publicado sus Cartas con sumo esmero (1); en la edicion que se ha dado á luz de las poesías de Francisco I (2), casi se la hace intervenir tanto como á su hermano, y ella ha contribuido con su buena parte al volumen. En la actualidad, la Sociedad de los Bibliófilos, considerando que no habia hasta ahora ninguna edicion correcta de los Cuentos y Novelas de esta princesa, que desde el origen usaron los primeros editores de libertad excesiva con la real autora, y que no se sabía dónde encontrar el verdadero texto de esta curiosa obra más celebrada que leida, se dedica con empeño á llenar esta laguna literaria : ha encargado á uno de sus miembros más concienzudos, M. Le Roux de Lincy, que ejecute una edicion conforme con los manuscritos mismos; al efecto, que-

(1) M. Génin publicó un tomo de *Cartas* de Margarita en 1841, y el año siguiente otro tomo de *Cartas* de la misma, dirigidas particularmente á Francisco I.

(2) Las *Poesías* de Francisco I fueron publicadas en 1847 por M. Aimé Champollion, justamente con otras composiciones en verso de su hermana y de su madre.

riendo dar además á esta publicación ese carácter de solidez, ese sello de buena y antigua ley que tanto place á los aficionados, la Sociedad ha buscado antiguos tipos de imprenta, se los ha proporcionado en Nuremberg de fecha que se remonta á la primera mitad del siglo xviii, y ha hecho fundir ex profeso los caracteres que han servido para imprimir la presente obra y que servirán en lo sucesivo para las demás obras de la Sociedad. En fin, las Novelas de la Reina de Navarra se presentan con un retrato del autor y un facsímile en miniatura, todo ello de estilo grave, neto y elegante. Demos el parabien á esta Sociedad, compuesta de aficionados á los bellos libros, por el buen uso que hace de su gusto y munificencia, y comencemos el estudio del personaje que ella nos ayuda á conocer mejor.

Margarita de Valois, la primera de las tres Margaritas del siglo xvi, no se parece completamente á la reputación que se le ha formado de lejos. Nació en el palacio de Angulema el 11 de abril de 1492, dos años ántes que su hermano que será Francisco I, y recibió al lado de su madre, que enviudó muy jóven, una educación virtuosa y rígida. Aprendió el español y el italiano, y estudió primero el latín y más tarde el hebreo y el griego. Todos estos estudios no se hicieron simultáneamente ni en su primera juventud. Contemporánea del gran movimiento del Renacimiento, tomó parte en él gradualmente, esforzándose por comprenderle en todo y seguirle en todas sus manifestaciones, como cumplía á una persona de elevado y grave ingenio, de entendimiento sólido y fácil, y que disponía de más ocio que si hubiera nacido en el trono. Brantôme nos la representa como « una princesa de grandísimo entendimiento y muy hábil, tanto por sus dotes naturales, cuanto por los conocimientos que había adquirido. » Mientras vivió, continuó adquiriéndolos y protegiendo de todo corazón y con todo su crédito á los sabios y letrados de todo orden y género, aprovechándose de ellos y de su trato para su propio uso, tan dispuesta á competir con Marot en el juego de los versos, como á responder á Erasmo sobre los más nobles estudios.

Sin embargo, no conviene exagerar nada; los escritos de Margarita son bastante numerosos para que sea posible apreciar en ella con exactitud la parte de la originalidad y la de la mera inteligencia. Como poeta y escritor, su originalidad es poca cosa, ó hablando con más claridad, no tiene ninguna; pero, en cambio, su inteligencia es grande, activa, ávida y generosa. Hubo en su tiempo inmenso movimiento en el espíritu humano, una causa propiamente literaria y liberal que apasionó los ánimos y los corazones, como más tarde sucedió, con la política. Margarita, jóven y accesible á todos los buenos y bellos sentimientos, á la *virtud* bajo todas sus formas, cobró afición á esta causa; y cuando su hermano subió al trono, dijo para sí, que le tocaba á ella ser á su lado el buen genio é intérprete de aquella, mostrándose la defensora y protectora de todos aquellos que con sus doctas innovaciones excitaban contra sí muchas iras y rencores pedantescos. De esta forma también fué cediendo y dejándose persuadir insensiblemente por las doctrinas de los Reformados, los cuales se presentaron por el pronto á ella bajo la forma sabia y literaria: traductores de las Escrituras, no querían, al parecer, más que propagar su espíritu y hacer entender mejor su sentido á las almas piadosas; ella los acogía con gusto y los favorecía á título de sabios, admitiéndolos como hombres aficionados á la vez « á las buenas letras y al Cristo », no quería creer que hubiera en ellos ninguna segunda intención facciosa, y, aun cuando pareció desengañada sobre el conjunto, continuó hasta el fin cerca del rey su hermano abogando por los individuos con celo y humanidad.

La pasión que Margarita tenía por este hermano se sobreponía á todo. Había nacido unos dos años y medio ántes que él. Luisa de Saboya, viuda desde muy jóven, no tenía sino quince ó diez y seis años más que su hija. Estas dos mujeres profesaban, la una hácia su hijo y la otra hácia su hermano, una ternura que rayaba en adoración; veían en él al que debía ser el honor y la corona de su casa, un Delfín que presto, cuando haya inaugurado en Mariñan su reinado, será un César glorioso y triunfante

« El día de la Conversion de San Pablo (25 de enero de 1515), dice Madama Luisa en su Diario, mi hijo fué ungido y consagrado en la iglesia de Reims, por lo que estoy muy obligada y agradecida á la Divina Misericordia, la cual me ha recompensado ampliamente de todas las adversidades y sinsabores que he experimentado durante mis primeros años y en la flor de mi juventud. Humildad me ha hecho compañía, y Paciencia no me ha abandonado jamas. »

Y algunos meses despues, el día de Mariñan, escribe trasportada de júbilo :

« El 13 de setiembre, que fué juéves (1515), mi hijo venció y derrotó á los suizos cerca de Milan; el combate comenzó á las cinco de la tarde, y duró toda la noche y el día siguiente hasta las once antes de mediodía; y este propio día salí yo de Amboise para ir á pie á Nuestra Señora de las Fuentes á recomendarle *lo que amo más que á mi misma, que es mi hijo, glorioso y triunfante César, subyugador de los helvéticos.* »

« Otrosí, este mismo día, 13 de setiembre de 1515, entre siete y ocho de la noche fué vista en varios lugares de Flándes una antorcha de fuego larga como una lanza y que parecia debia caer sobre las casas; pero era tanta su claridad que cien hachas encendidas no habrian despedido una luz tan grande. »

Margarita, con todo su saber é ilustracion, debió creer en el mismo presagio y habria escrito las mismas palabras que su madre. Casada á los diez y siete años con el duque de Alençon, príncipe insignificante, guardaba todo su afecto y toda su alma para su hermano : así es que, cuando en el décimo año del reinado acaeció el desastre de Pavía (25 de febrero de 1525), y Margarita y su madre supieron la destruccion del ejército frances y la cautividad de su rey, se concibe qué golpe recibirian. Miétras que Madama Luisa, nombrada Regente del reino, mostraba fuerza y valor, se pueden seguir las ideas de Margarita en la serie de Cartas que escribía á su hermano, y que ha publicado M. Génin. Su primera palabra es para consolar al cautivo y tranquilizarle : « Madama (Luisa de Saboya) ha sentido tan grande acrecentamiento

de fuerzas que, miétras dura el día y la noche, no hay pérdida de un solo minuto para vuestros negocios; de modo que ni vuestro reino ni vuestros hijos deben causaros pena ni inquietud. » Se felicita de saber se halla en poder de un vencedor tan bueno y generoso como el virey de Nápoles, Cárlos de Lannoy; le suplica en nombre de su madre que cuide de su salud : « Ha oido que queréis absteneros durante esta cuaresma de comer carne y huevos, y ayunar algunas veces para honrar á Dios. Monseñor, tanto cuanto una humildísima hermana puede suplicaros, os suplico que no lo hagáis y que consideréis cuán nocivo os es el pescado; y creed que, si vos lo hacéis, ella ha jurado que lo hará, y, siendo así, os estoy viendo á entrambos desfallecer. » Hacia este tiempo, Margarita ve morir en Lyon á su esposo, uno de los fugitivos de Pavía; le llora, pero despues de los dos primeros días en que no ha podido sobreponerse á su dolor, se propone disimularlo ante la Regente, pues no pudiendo prestar servicios por sí misma, se conceptuaria muy desgraciada, dice, estorbando y conturbando el ánimo de la que los presta tan grandes. Cuando se designó á Margarita para que fuera á encontrar á su hermano en España (setiembre de 1525) y procurar obtener su libertad, sintió muy vivo contento. Por fin ya puede ser útil á este hermano á quien considera « como el único que Dios le ha dejado en este mundo, padre, hermano y esposo. » Mezcla y varía muchas veces todos estos nombres de señor, hermano y rey que acumula en él y que apenas bastan para expresar su afecto tan completo y sincero : « Suceda lo que suceda, *hasta si menester es echar al viento la ceniza de mis huesos por haceros servicio*, nada será para mí extraño, ni difícil, ni penoso, sino consolacion, quietud y honor. » Estas expresiones, que en otras serian exgaeradas, son nada más que verdaderas en boca de Margarita. Poco es lo que consigue en la mision que la ha llevado á España, pues allí donde ella procura conmover corazones generosos y hacer vibrar una fibra de honor, sólo encuentra disimulacion y política. Se le concede ver á su hermano poco tiempo, y él mismo exige que abrevie su permanencia y se aleje, creyéndola más útil para sus intereses en Francia. Con

dolor se arranca de su lado, sobre todo al verle enfermo y muy decaído de salud. ¡Oh! ¡cuánto anhelaría regresar, permanecer á su lado y que no le rehusase « plaza de lacayo junto á su litera! » Es de opinion que compre su libertad á todo precio, que vuelva bajo cualesquiera condiciones; pues nunca ha de ser malo el ajuste con tal que se le vea en Francia, y no puede ser bueno estando él en España. Apénas pisa el territorio de Francia es recibida como un precursor, « como el Bautista de Jesucristo. » Llega á Béziers y se ve rodeada de todos, « asegurándoos, Monseñor, escribe á su hermano, que cuando creo estar hablando con dos ó tres, luego que nombro al rey, todo el mundo se acerca á mí para escucharme; de modo que me veo precisada á darles noticias vuestras, y nunca acabo mi relacion sin que derramen lágrimas personas de todas condiciones. » Tal era entónces el dolor verdadero de la Francia por la pérdida de su rey. Á medida que va penetrando en el país, advierte no obstante la ausencia del amo; este reino está « como un cuerpo sin cabeza, viviendo por recobraros y muriendo por veros léjos. » Y por lo que toca á ella, viendo esto, se le figura que la fatiga de las grandes jornadas de España le era más soportable que el reposo de Francia, « donde la imaginacion, dice, me atormenta más que la misma pena. » En general, todas estas cartas de Margarita hacen el mayor honor á su alma, á sus calidades generosas, constantes, llenas de afecto y cordialidad. La novela y el drama se han ejercitado muy frecuentemente, como era su derecho, tomando por asunto esta cautividad de Madrid y estas entrevistas de Francisco I y su hermana, que ofrecian tantos recursos á la imaginacion; pero la lectura de estas sencillas cartas tan afectuosas muestra los sentimientos sin disfraz y dice más que todo. Hé aquí un lindo pasaje en que se sonríe y con el cual intenta á su regreso divertir al cautivo enviándole noticias de sus hijos. Francisco I tenía entónces cinco, los cuales, á excepcion de uno, acababan de pasar todos el sarampion.

« Y ahora, dice Margarita, todos están completamente curados y muy sanos: el Señor Delfin estudia que es una maravilla, mezclando con la escuela cien mil ejercicios más; y no se trata ya de enfur-

» ruñarse, sino de cumplir bien todas las virtudes. M. de Orleans está clavado en su libro y dice que quiere ser bueno, pero M. de Angulema sabe más que los otros y hace cosas que tanto se pueden estimar como profecías que como niñerías, las cuales, Monseñor, os dejarían pasmado si las oyeseis. La pequeña Margarita se me parece en que no quiere estar enferma; pero me aseguran que tiene mucho donaire y que se va haciendo más bella que lo fué la Señorita de Angulema. »

La Señorita de Angulema es ella; la pequeña Margarita que promete ser más bonita que su tia y madrina, es la segunda de las Margaritas, futura duquesa de Saboya.

Puesto que se acaba de decir una palabra de la belleza de Margarita de Navarra, ¿qué es lo que debemos pensar? El retrato que se halla al frente de la nueva edicion rebajará el concepto exagerado que pudiera formarse de ella, caso de que se tomaran al pié de la letra los elogios del tiempo. Margarita se parece mucho á su hermano; tiene la nariz un poco aguileña y muy larga, los ojos rasgados, dulces y penetrantes, la boca tambien rasgada, delicada y risueña. La expresion de su fisonomía es la sagacidad sobre un fondo de bondad. Su porte es sencillo. Su jubon ó vestido sube bastante, lisamente, sin nada de galante, y está adornado con pieles; su cofia pegada á la cabeza, ciñe la frente y la parte superior de la cara y apénas deja salir fuera algunos cabellos. Tiene en sus brazos un perrito. La última de las Margaritas, esta otro reina de Navarra, primera mujer de Enrique IV, fué en su juventud la reina de la moda y de la elegancia: ella era quien daba el tono; pero nada de eso hizo nuestra Margarita, que en su tiempo dejaba ese papel para las duquesas de Etampes. Haciendo su elogio el mismo Marot, insiste particularmente sobre su carácter *apacible* que oscurece la hermosura de las más bellas, sobre su casta mirada y ese *hablar franco, sin aliño ni artificio*. Era sincera, « jocosa y de genio risueño », amiga de un chiste honesto, y cuando queria decir alguna chanza, quizas demasiado aventurada en frances, empleaba en caso necesario un término italiano ó español. Fuera de eso, llena de mora-

lidad y de buenas doctrinas, justificaba el magnífico elogio que Erasmo hizo de ella. Este sabio monarca de la literatura, este verdadero emperador de la latinidad en su época, eligiendo para consolar á Margarita el momento en que se hallaba abrumada de dolor por el desastre de Pavía, le escribía así : « Mucho tiempo hace que he admirado y amado en vos tantos dones eminentes de Dios : prudencia digna hasta de un filósofo, castidad, moderacion, piedad, fortaleza de ánimo invencible y asombroso desprecio de todas las cosas perecederas. ¿Y quién no ha de contemplar con admiracion, en la hermana de tan gran rey, prendas que difícilmente puede uno encontrar aun en los clérigos y los monjes? » En esta última puntada sobre los monjes, se percibe el chiste un tanto burlesco del Voltaire de entónces. Nótese que en esta carta dirigida á Margarita en 1525, y en otra que le escribió poco despues, Erasmo le daba las gracias y la felicitaba por los servicios que no cesaba de hacer á la causa comun de la literatura y de la tolerancia.

Que Margarita hizo estos servicios es muy positivo ; pero lo que fué motivo de elogios para los unos se convirtió en fundamento de los reproches de los otros. Habiéndola casado su hermano en segundas nupcias, en 1527, con Enrique de Albret, rey de Navarra, tuvo en Pau su pequeña Corte, que fué el lugar de refugio y el puerto de salvacion de los perseguidos y de los innovadores. « Favoreció el Calvinismo que despues abandonó, dice Hénault, y fué causa de los progresos de esta secta naciente. » Estas palabras del presidente Hénault me parecen demasiado absolutas. Muy cierto es que Margarita, predispuesta á todos los sentimientos literarios y generosos de su tiempo, se condujo como una persona que, á principios de 1789, hubiera favorecido con todas sus fuerzas la libertad, sin querer ni prever la Revolucion. Hizo en aquella época lo que toda la Corte de Francia, la cual, en un dia dado y sin obedecer más que á la moda, al progreso de las Letras y al placer de comprender la Escritura Sagrada ó cantar los Salmos en frances, estuvo á punto de hacerse luterana ó calvinista sin saberlo siquiera. La primera alarma se oyó cuando una mañana (19 de octu-

bre de 1534) leyó el público fijados en todas las esquinas de París sangrientos pasquines contra la fe católica. Los imprudentes del partido habian pegado fuego á la mina ántes de tiempo. La buena y leal Margarita, que ignoraba completamente lo que son los partidos, y que sólo juzgaba de ellos por las personas honradas y los letrados que conocia personalmente, se inclinaba á creer que esos indignos pasquines eran obra, no de los protestantes, sino de los que buscaban pretexto para comprometerlos y perseguirlos. Caritativa y humana, no cesó de interceder cerca de su hermano en favor de la clemencia. Dos ó tres veces intentó salvar al infortunado Berquin, caballero artesiano, que se habia metido á dogmatizar y que, á pesar de todos los esfuerzos de la princesa cerca del rey su hermano, fué quemado en la plaza de Greve el 24 de abril de 1529. El que lea los párrafos de las cartas en que recomienda á Berquin, dirá que sustenta todas sus opiniones y su creencia ; pero no hay que exigir de Margarita tanta rigidez en las ideas y en la expresion. No cabe duda en que, por momentos, al recorrer sus versos ó su prosa, cualquiera creeria que se ha adherido completamente á la Reforma, pues reproduce su lenguaje y hasta su jerigonza ; mas, inmediatamente despues, se ve que vuelve á ser, ó mejor dicho, que continúa siendo creyente como los mejores católicos de su época, que cumple estrictamente las prácticas más minuciosas y que ni aun teme asociar á ellas ciertas inconsecuencias. Montaigne, que por lo demas hace gran caso de ella, no pudo prescindir de notar, por ejemplo, la extraña reflexion que hace respecto de un príncipe jóven y poderoso cuya historia refiere en sus *Novelas* y que parece no ser otro que el mismo Francisco I. Presenta á este príncipe yendo á una cita muy poco edificante, y, para acortar el camino, sobornando al portero de un monasterio que le permitirá penetrar dentro del recinto. Al regresar, como ya no tenía tanta prisa, no dejaba el príncipe de pararse á hacer oracion en la iglesia del claustro, pues, dice ella, « no obstante la vida que os digo llevaba, era príncipe temeroso y amante de Dios. » Montaigne hace notar estas palabras y se pregunta para qué podia servir en tal momento esa idea de proteccion y de favor

divino. « No es esta la sola prueba, añade, con que se podría demostrar que las mujeres no son nada idóneas para tratar las materias teológicas. »

Por eso tampoco Margarita era una teóloga : era sí una persona de piedad verdadera y de corazón, de ciencia y de humanidad, que mezclaba á una vida grave una oportuna jovialidad, y que hacia de todo eso un conjunto muy sincero que en el día nos choca un poco. Brantôme ha contado una anécdota suya que nos la pinta muy bien en este compuesto y en esta medida. Un hermano de Brantôme, el capitán Bourdeille, habia conocido en Ferrara, en casa de la duquesa del país (hija de Luis XII), una dama francesa, la señorita de La Roche, que se habia enamorado de él; habiéndola traído á Francia, fué la jóven despues á la corte de la reina de Navarra, donde murió, y él no se acordaba ya de ella. Un día, tres meses despues de esta muerte, pasando por Pau el capitán Bourdeille, fué á saludar á la reina de Navarra cuando volvía de visperas; la princesa le recibió muy bien y hablándole de cosas indiferentes le condujo insensiblemente, segun iban paseando, hasta dentro de la iglesia, hácia el lado donde estaba la tumba de la dama á quien él habia amado : « Primo mio, le dijo, ¿no sentís moverse nada bajo vuestros piés? » — « No, señora », respondió. — « Pensadlo bien, primo mio », replicó ella. — « Señora, por bien que lo piense, no siento que se mueva nada, pues se halla bien afirmada la piedra sobre que estoy. » — « Pues yo os advierto, dijo entónces la reina, sin tenerle más tiempo suspenso, que os encontráis sobre la tumba y el cuerpo de la pobre señorita de La Roche, á quien tanto habéis amado, y que está enterrada ahí debajo; y puesto que las almas tienen sentimiento despues de nuestra muerte, no hay duda que esa honrada criatura, muerta de desamor, se habrá conmovido apénas habéis llegado sobre su sepulcro; y aunque vos no lo habéis sentido á causa del espesor de la losa, no se debe dudar que en sí se haya conmovido y estremecido; y siendo como es acto piadoso conservar memoria de los difuntos, aun de aquellos que se han amado, os ruego la recéis un *Pater noster* y un *Ave Maria*, y un *De Profundis*, y la

rociéis con agua bendita; así adquiriréis nombre de fidelísimo amante y de buen cristiano. » Y dejándole solo, se fué para que pudiera cumplir con todo recogimiento esas piadosas ceremonias debidas á los muertos. No sé por qué añade Brantôme que, en concepto suyo, la princesa habia dicho todo esto, más por buena gracia y á modo de conversacion que por creencia : me parece, al contrario, que hay aquí á la par que creencia buena gracia, medida por parte de la mujer delicada y del alma piadosa, y que todo ello se concilia muy bien.

En tiempo de Margarita no faltaron personas que la acusaron por la proteccion que dispensaba á los letrados amigos de la Reforma; encontró denunciadores en la Sorbona, y tambien en la Corte. El condestable de Montmorency, hablando con el rey acerca de la necesidad de purgar el reino de herejes, añadió que tendria que comenzar por la Corte misma y por sus parientes, y nombró á la reina de Navarra. « No hablemos de esa, dijo el rey, me quiere demasiado : jamas creará ella sino lo que yo crea, ni adoptará nunca una religion que perjudique á mi Estado. » Estas palabras resumen la verdad : Margarita no podia ser de otra religion que su hermano, y Bayle hizo notar muy bien en una página bellísima que cuanto más se niegue que Margarita estaba unida en doctrina con los protestantes, tanto más se ensalza su generosidad, su magnanimidad y su humanidad pura. Guiada por su instinto de mujer, comprendió de antemano la tolerancia como L'Hôpital, como Enrique IV, y como el mismo Bayle. Bajo el punto de vista de la política de Estado, puede haber á veces peligro en el uso de esa tolerancia demasiado confiada y absoluta : esto se vió muy bien en tiempo de Margarita, en aquella hora crítica en que la religion del Estado, y por consiguiente la constitucion de entónces, estuvo á punto de ser arruinada. Y sin embargo, bueno es que haya tales almas preñadas ante todo de la humanidad y que á la larga insinúan templanza en las costumbres y en las leyes que hasta entónces se han conservado crueles; pues sucede que más tarde, en las épocas mismas en que se renueva la severidad, la represion, cuando es impuesta por razones superiores de política, se ve precisada á no prescindir de esa huma-

nidad ya introducida en las costumbres ni de la tolerancia adquirida. Esos rigores de las edades sucesivas, suavizados y moderados del modo que ya lo están por las costumbres generales, habrían sido beneficios que hubiesen disfrutado los siglos pasados; hay puntos ganados en la civilización que no se pierden jamás.

En los Cuentos y Novelas de la Reina de Navarra nada hay, como pudiera creerse, que esté tan en desacuerdo y en contradicción con su vida y la naturaleza habitual de sus pensamientos. M. Génin ha hecho ya esta juiciosa advertencia, y una lectura atenta no puede menos de justificarla. Estos Cuentos no son jocosidades ni pecados de juventud, los escribió en edad muy madura, la mayor parte de ellos viajando en su litera y por vía de entretenimiento, pero entretenimiento que tenía algo de serio. La muerte le impidió concluirlos: en vez de las siete Jornadas que ha dejado, deseaba en realidad hacer diez, siguiendo el ejemplo de Bocacio; quería dar no un *Heptameron*, sino un *Decameron* francés. Supone en su Prólogo que habiéndose reunido el mes de setiembre en los baños de Cauterets varias personas de calidad, tanto de Francia como de España, se separaron después de algunas semanas; que los de España regresaron lo mejor que pudieron por las montañas, pero que los franceses encontraron atajado su camino por la crecida de los ríos causada por grandes lluvias. Cierta número de estos viajeros, hombres y mujeres, después de muchas aventuras más extraordinarias que agradables, vuelven á encontrarse reunidos en la abadía de Nuestra Señora de Serrance, y no pudiendo vadear tampoco por allí el río Gave, deciden establecer un puente. « Mucho celebró el abad, dice el narrador, que ellos hicieran este gasto para que aumentara el número de peregrinos y peregrinas; suministróles, pues, operarios, pero no contribuyó por su parte con un maravedí, por no permitirse su avaricia. Y habiendo dicho los operarios que no podría estar hecho el puente hasta pasados diez ó doce días, la comitiva, tanto de hombres como de mujeres, comenzó á aburrirse mucho... » Pensóse por lo tanto en emplear estos diez ó doce días en alguna ocupación « agradable y virtuosa », y para ello se consultó á una dama llamada

Oisille, la más anciana de la compañía. Esta dama Oisille respondió de la manera más edificante: « Hijos míos, me pedís una cosa que me parece muy difícil, que os indique un pasatiempo que pueda disipar vuestro tedio; pues habiendo buscado toda mi vida remedio contra él, nunca he hallado más que uno solo, que es la lectura de las Letras Sagradas, en la cual se encuentra la verdadera y perfecta alegría del espíritu, de donde procede la quietud y la salud del cuerpo. » No obstante, como esta alegre compañía no puede atenerse de un modo absoluto á un régimen tan austero, se conviene en hacer una repartición del tiempo entre lo sagrado y lo profano. Por la mañana temprano, la compañía se reunirá en el cuarto de madama Oisille para escuchar su lección moral, y de allí irá á oír misa; luego se comerá á las diez; después de lo cual se retirará cada uno á su cuarto para ocuparse en sus negocios particulares hasta las doce, á cuya hora se reunirán de nuevo en la pradera. « Y si os parece que, desde mediodía hasta las cuatro, vayamos diariamente á esa deliciosa pradera, á lo largo del río Gave, donde los árboles son tan fondosos que no podrá el sol penetrar entre sus ramas ni entibiar su frescura, sentados allí á nuestras anchas, cada uno dirá alguna historia que haya visto ú oído referir á algún hombre fidedigno. » Pues es condición precisa que no se han de contar sino historias *verdaderas* y no inventadas de propósito: bastará, cuando sea menester, disfrazar los nombres de los países y de las personas. Como la reunión se compone de diez individuos, entre hombres y mujeres, y cada cual ha de contar una historia por día, resultará de ello que al cabo de los diez se habrá concluido la centena. Cada tarde, al terminar la entretenida sesión, suena á las cuatro la campana que advierte es ya hora de ir á vísperas; la compañía asiste á ellas, no sin haber hecho esperar algunas veces á los religiosos, que se prestan á ello gustosamente. Así trascurre el tiempo sin que nadie crea haber traspasado el límite de la alegría permitida ni haber cometido un pecado.

Los Cuentos de la Reina de Navarra nada tienen que difiera absolutamente de este cuadro y de este designio. Cada historia es objeto

de una moralidad, de un precepto bien ó mal deducido; se cuenta cada una de ellas en corroboracion de cierta máxima, ó de alguna tésis cuestionable sobre la preeminencia de uno ú otro sexo, sobre la naturaleza y esencia del amor y como ejemplo ó prueba (con frecuencia muy contestable) de lo que se afirma. Hablando ingenuamente, en estas historias no hay muchas que sean realmente interesantes. Los asuntos de que tratan son los de la época, y hay momentos en que uno exclama con madama Oisille : « ¡Dios mio! ¿cuándo nos veremos libres de los cuentos de esos frailes? » Á cada paso se percibe que hasta los hombres de bien y las mujeres de condicion de aquel tiempo son, por más que hagan, contemporáneos de Rabelais. Por lo demas, todo ello está hecho con buen fin. Hay ingenio en la descripcion y agudeza en las discusiones que sirven de epilogo ó prólogo á cada narracion. La mayor parte de las historias, miéntras son verdaderas, siguen sin método alguno, sin composicion y sin desenlace. Muy poco se ha imitado á la reina de Navarra en los Cuentos que se han escrito posteriormente en verso, y en efecto no se presta gran cosa á ello. Una sola vez la ha imitado La Fontaine, y esta en lo que yo creo tiene de más picante, en el cuento de *la Criada justificada...*

Cuando se leen estos Cuentos, imágen y reproduccion fiel de la buena sociedad de entónces, no puede ménos de ocurrírsele á uno lo muy singular que es el que el tono de la conversacion haya variado tanto entre las personas honestas en las diferentes épocas, ántes de fijarse en la verdadera delicadeza y en la decencia. La conversacion elegante tiene fecha más remota de lo que se supone; la sociedad culta comenzó mucho ántes de lo que se cree. El carácter de la conversacion, como la oimos en la buena sociedad, y aun lo que la distingue entre los modernos, trae su origen de que las mujeres han sido admitidas en ella; y por eso en la edad média, en los bellos momentos, en ciertas Córtes del Mediodía, en la Normandía, en Francia ó en Inglaterra, debió haber conversacion embelesadora. En esos castillos del Mediodía, donde tanto se regocijaban los trovadores y de donde nos han venido tan dulces cantos, cuando se componian historias tan

exquisitas y maravillosas como la de *Aucassin y Nicolette*, debia conversarse tambien en un lenguaje lleno de todas las delicadezas y gracias apetecibles. Pero tomando las cosas tales como aparecen en Francia á fines del siglo xv, se advierte una mezclanza, una lucha muy perceptible entre el pedantismo y la licencia, entre el refinamiento y la rudeza. La linda novelita de *Jehan de Saintré*, donde se pinta el ideal caballeresco todavia principiante en lo que tiene de más lindo, y que pretende ofrecer un pequeño código en accion de la urbanidad, de la cortesía, de la galantería, en una palabra, de la educacion completa de un jóven escudero del tiempo, esta linda novela, decimos, está tambien plagada de preceptos pedantescos, de artículos de un ceremonial minucioso, y al final se inclina de repente á la grosería sensual y al triunfo del monje, segun Rabelais. Esta vena de licencia y desenvoltura que no habia cesado de circular desde el origen, pero que en las horas lúcidas y en las sociedades distinguidas habia tenido que cubrirse con la máscara caballescica, se quitó la careta á principios del siglo xvi, como si quisiera copiar una audacia más del Renacimiento latino. Es el tiempo en que las mujeres honestas dicen y repiten en voz alta cuentos á la Roquelaure. Tal es el tono de sociedad que nos describen las Novelas de Margarita de Navarra, con tanta mayor ingenuidad cuanto que no hay en ellas el menor objeto deshonesto. Cerca de un siglo pasará ántes que se haya corregido completamente este vicio del gusto; será menester que madama de Rambouillet y su hija vengan á morigerar la Corte, y que profesores de buen tono y urbanidad, tales como la señorita de Scudéry ó el caballero de Méré, se apliquen durante largos años á predicar el decoro; y todavia se encontrarán resabios y vestigios de grosería al traves de su refinamiento y formalismo. El bello momento es aquel en que por una tendencia súbita de la estacion, difundiéndose de repente las luces y el ingenio con mayor profusion é igualdad sobre una generacion entera de entendimientos vigorosos, se vuelve vivamente al natural, y en que es posible ya entregarse á él sin violencia. Este bello momento data de mediados del siglo xvii, y no es posible idear nada comparable con

las conversaciones de la juventud de los Condé, los La Rochefoucauld, los Retz, los Saint-Évremond, los Sévigné y los Turenne. ¡Qué horas tan perfectas aquellas en que madama de La Fayette conversaba con Madama Enriqueta recostada sobre almohadones despues de la comida! Asi se llega, al traves del siglo más grande, á madama de Caylus, la desembarazada y jocosa sobrina de madama de Maintenon, á esa perfeccion ligera en que, sin reflexionarlo, no se priva de nada el entendimiento y todo lo observa.

En la segunda mitad del siglo xvii, solamente á madama Cornuel se le pasaban las palabras mayores en consideracion al talento y á la sal con que las decia. En todo tiempo han tenido que escuchar y oír las mujeres honestas más cosas que las que dicen; pero el momento decisivo y que debe ser notado, es aquel en que cesaron de decir ellas mismas estas cosas incongruentes y de decirlas hasta el punto de consignarlas en seguida por escrito sin considerar que faltaban á una virtud.

En este punto preciso de la sociedad y para esta gente que se ha hecho más quisquillosa, ha dado La Fontaine el precepto más ciertamente aun que el ejemplo en versos agradables citados á menudo :

Qui pense finement et s'exprime avec grâce
Fait tout passer, car tout passe;
Je l'ai cent fois éprouvé :
Quand le mot est bien trouvé,
Le sexe, en sa faveur, á la chose pardonne :
Ce n'est plus elle alors, c'est elle encore pourtant,
Vous ne faites rougir personne,
Et tout le monde vous entend.

Hé aquí lo que la reina Margarita, como romancera y autora de Novelas, no tuvo el arte de adivinar. Como poeta, lo único que tiene de notable es la facilidad : imita y reproduce las diversas formas de poemas que están en uso en su tiempo. Cuéntase que muy á menudo ocupaba á la vez dos secretarios, el uno escribiendo los

versos franceses que componia improvisando, y el otro escribiendo cartas. Pocos son en efecto los versos suyos que no hayan podido ser compuestos de esta manera. No exijáis de ella ninguno de esos arranques de talento y pasion que se encuentran en su jóven contemporánea Luisa Labé, la Bella Cordière. Hé aquí no obstante una décima suya bastante bonita, inédita hasta que nos la ha dado M. Le Roux de Lincy; quiere decir en ella que vale más no conceder nada á un amante que otorgarle el menor favor de que ha de prevalerse al instante para obligar á que se le hagan otras concesiones :

Baillez-lui tout ce qu'il veut maintenant,
Soit le parler, soit l'œil, ou soit la main,
Et vous verrez en lui incontinent
Autre vouloir que de cousin-germain.
Voire s'il peut, sans attendre á demain,
Il vous priera d'une grâce á lui faire,
Qu'une heure avant eût désiré de taire,
Feignant de peu se vouloir contenter.
A tels amis á toujours á refaire :
Le plus sûr est de ne point les hanter.

Esta décima muy moral pudiera figurar perfectamente en los Cuentos de la Reina de Navarra, y lo mismo madama Oisille que madama Parlamente podrian citarla respondiendo á alguno de los caballeros demasiado atrevidos.

Margarita murió en el castillo de Odos en Bigorre, el 21 de diciembre de 1549, á los cincuenta y ocho años de edad; tres veces exclamó ; *Jesus!* al exhalar el último suspiro. Ella fué la madre de Juana de Albret.

Tal como acabo de mostrarla en su conjunto, procurando no forzar los rasgos y evitando toda exageracion, ha merecido ese nombre de *gentil esprit* que tan universalmente le ha sido concedido; fué la digna hermana de Francisco I, la digna patrona del Renacimiento, la digna abuela de Enrique IV, tanto por la clemencia como por la jovialidad, y en la auréola que la circunda, se com-

place uno en dirigirla este cantar que su memoria recuerda y que se adapta bien con su pensamiento :

« ¡Espíritus encantadores y ligeros que en todo tiempo fuisteis la gracia y el honor de la tierra de Francia, que comenzasteis á nacer y á jugar desde las edades de hierro, al salir de los horrores salvajes; que erais el alma festiva de la velada casera y el gozo delicado de los palacios; que florecíais á menudo muy cerca de los tronos, disipabais el tedio en las pompas, dabais formas corteses á la victoria y volvíais presto á sonreiros al siguiente dia de los reveses; que habéis tomado muchas formas chanceras, burlescas, elegantes ó tiernas, fáciles siempre, y que jamas habéis dejado de renacer cuando se decia que habíais desaparecido! Las edades se hacen severas para nosotros; el *razonar se acredita* cada vez más; todo esparcimiento ha huido, pues hay hasta en nuestros placeres un encarnizamiento que les da la apariencia de negocios; la paz misma carece de tregua, tan ocupada está en lo útil, y hasta en los dias serenos, los recelos y cuidados preocupan á muchas almas : esta es la hora ó jamas del despertar, es la hora de sorprender otra vez más al mundo y de regocijarlo; en todos tiempos habéis sabido el modo de hacerlo, siempre diferente : ¡no abandonéis nunca la tierra de Francia, Espíritus encantadores y ligeros!

MARÍA ESTUARDO

« Pues bien, dígase lo que se quiera, muchos corazones nobles tomarán partido en pro de María Estuardo, aun cuando todo lo que se ha dicho de ella sea verdad. » Esta palabra que Walter Scott pone en boca de uno de los personajes de su novela (*el Abate*), en el momento en que dispone al lector á la introduccion cerca de la hermosa reina, es el último fallo, tanto de la posteridad como de los contemporáneos, la conclusion de la historia como de la poesía. Isabel triunfó en vida, y su política, despues de su muerte, triunfa y reina todavía, tanto que protestantisimo é Imperio británico no son más que una misma cosa. María Estuardo sucumbió en su persona y en la de sus descendientes; Carlos I en el patíbulo y Jacobo II en el destierro han continuado y acrecentado su herencia de faltas, imprudencias y calamidades : la raza entera ha sido suprimida y parece haber merecido serlo. Pero si fué vencida en el orden real y bajo el imperio del hecho ó aun del de la razon inexorable, la bella reina lo ha recobrado todo en el dominio de la imaginacion y de la piedad. En este terreno ha vuelto á encontrar de siglo en siglo caballeros, amadores y vengadores. Hace algunos años, un Ruso de distincion, el príncipe Alejandro Labanoff, se puso á buscar con celo incomparable, en los archivos